

Eginhardo

Vida de Carlomagno

Introducción, traducción y notas
de Alejandra de Riquer



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Vita Karoli*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *Estatua ecuestre de Carlomagno* (detalle), siglo IX.

Museo del Louvre, París.

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Alejandra de Riquer Permanyer, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-617-1

Depósito legal: M. 20.874-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Alejandra de Riquer
- 45 Bibliografía
- 49 Siglas y abreviaturas
- 51 Cronología

- Vida de Carlomagno
- 59 Prólogo de Walafredo Estrabón
- 63 Vida de Carlomagno

- 121 Cuadros genealógicos de los carolingios
- 123 Índice antroponímico, toponímico y etnonímico

Introducción

El renacimiento carolingio

A finales del siglo VIII, con el poder que fue adquiriendo la nueva dinastía de reyes carolingios, el estado franco se vio en la necesidad de organizar los territorios conquistados. El imperio de Carlomagno (que abarcaba desde los Pirineos y el mar del Norte hasta Bohemia y el centro de Italia) precisaba con urgencia de subordinados lo suficientemente instruidos para llevar a cabo las tareas administrativas en un territorio muy amplio y diverso. Sólo la Iglesia podía constituir el común denominador de estos pueblos, que tenían lenguas, costumbres e instituciones diferentes, ya que todas las naciones sometidas al poder de Carlomagno profesaban, o se verían obligadas a profesar, dada la inevitable cristianización, un credo único. Así pues, de la Iglesia, institución que desempeñaba no sólo una tarea pastoral sino también,

como era tradición, la puramente educativa, se esperaba soporte y ayuda.

Pero la Iglesia franca se veía afectada por un gran número de problemas que hacían que difícilmente pudiera cumplir de manera eficaz este cometido. Desde los inicios del siglo VIII era ya imperiosa la necesidad de reformar esta institución: convenía poner orden en su organización jerárquica, económica y diocesana, y era preciso unificar la liturgia según las costumbres y los ritos romanos. Estos cambios tan necesarios, sobre todo en lo relacionado con la función pastoral y docente que la Iglesia tenía que ejercer, debían centrarse primeramente en una reforma educativa encaminada a lograr el correcto uso, por parte de todos los hombres de Iglesia, de la lengua propia de la institución, es decir, del latín. Baste un ejemplo para demostrar cómo la lengua latina se había deturpado en boca de clérigos ignorantes: en época de Pipino el Breve, padre de Carlomagno, el papa Zacarías se vio obligado a reprender en una carta a san Bonifacio porque éste llevaba su celo hasta el extremo de volver a bautizar a aquellos a quienes se había conferido este sacramento incurriendo, en la fórmula ritual, en incorrecciones gramaticales tales como *Baptizo te in nomine Patria, et Filia, et Spiritu sancta*¹.

Resultaba a todas luces evidente que se necesitaba un clero educado e instruido, que pudiera leer e interpretar bien la Biblia, capaz de suministrar textos fidedignos, tanto sagrados como profanos, entendido en teología, eficaz para ejercer la labor de proselitismo y conversión

1. PL 89, 929.

y, lo que no era menos importante, competente para llevar a cabo las tareas de administración derivadas de las conquistas de los francos.

Estas aspiraciones sólo se podían conseguir a través de una reforma cultural organizada, y el único que podía propiciarla y darle cohesión en ese momento era el rey, un laico, al que, sin embargo, se le reconocía el poder sobre la Iglesia de su reino. En efecto, desde el 754, año en el que el Pontífice de Roma ungió a Pipino el Breve como rey –hecho hasta entonces inusitado entre los reyes francos y otros pueblos bárbaros, a excepción de los visigodos–, se atribuyó una auténtica función mística al soberano, lo que dio origen a una concepción del papel religioso del mismo que sería constantemente reivindicada en el futuro. Por otra parte, la creación de los Estados de la Iglesia, que, en un principio, tenía que garantizar la independencia del Papa respecto a los príncipes, obligó, paradójicamente, a que el Sumo Pontífice tuviera que estar bajo la protección política del rey franco. Finalmente, el hecho de que Carlomagno, en el año 800, fuera proclamado, en su consagración, «emperador de los romanos» reforzó, si cabe, su supremacía en Roma. Así pues, el rey podía asumir con todo derecho el patrocinio de la reforma eclesiástica, que debía ir acompañada de otra de tipo cultural, lo que, a la postre, redundaba en provecho de su política imperial.

En este sentido la preocupación de Carlomagno por la instrucción de clérigos, y también de laicos, puede interpretarse como un intento consciente de promover la unidad eclesiástica y política en sus dominios. A esto responde la reforma del texto de la Biblia y de la liturgia llevada

a cabo por iniciativa suya y, sobre todo, la llamada legislación escolar de Carlomagno, esto es, los decretos y capítulos conciliares, promulgados por el rey, en los que se disponía una reforma educativa y cultural del clero, basada principalmente en el aprendizaje y uso correctos de la lengua latina. En estos textos² se propugnaba la creación de nuevas escuelas para enseñar a leer a los niños y se insistía en la necesidad de los estudios gramaticales para profundizar en el conocimiento de las Sagradas Escrituras.

Un objetivo muy importante perseguido también por Carlomagno fue dar impulso a la cancillería real. El rey quiso devolver al escrito administrativo el lugar preponderante que había tenido en el Bajo Imperio y que se mantenía en Bizancio. Ahora bien, sus esfuerzos se encontraron con varios inconvenientes: por una parte, la tradición «administrativa» bárbara, en la que predominaba la comunicación oral, y, por otra, el problema con el que se topaba siempre: la dificultad de encontrar funcionarios que leyeran y escribieran correctamente el latín, única lengua oficial del reino. La utilización del escrito como un medio de gobierno, algo imprescindible a medida que se iba extendiendo el imperio, exigía, al igual que la reforma eclesiástica, unos hombres, clérigos o laicos, instruidos, capaces de hacerse cargo de la administración de las tierras bajo dominio franco.

Llegados a este punto, hay que ser justos con la figura de Carlomagno. La intención exclusivamente política de

2. Son principalmente *De litteris colendis* y *Admonitio generalis* (MGH, cap. I, n. 29, 78-79, y MGH *Fontes iuris* 16). Véase McKittrick, 1989.

su reforma cultural ofrece una visión parcial e insuficiente de tan importante movimiento, mengua el valor de la dimensión intelectual de sus logros y no alcanza a explicar cabalmente por qué este hombre de armas, este guerrero, puso todo su empeño en ser el mecenas de un grupo de hombres sabios y capaces que dieron forma y contenido a este renacer cultural. Uno de los mayores méritos del rey franco fue su buen tino en la elección de estos hombres. Reunió a su alrededor a los mejores letrados y eruditos que ofrecía entonces Europa y que, además, eran excelentes literatos. Así, de Italia, se pusieron al servicio de Carlomagno Pedro de Pisa, Pablo Diácono y Paulino de Aquileya; de Inglaterra, ya relacionada con los carolingios a través de figuras como la de san Bonifacio, llegó Alcuino de York, en quien Carlomagno encontró el más valioso propulsor de todas sus empresas culturales; Hispania contribuyó con Teodulfo, obispo de Orleans, sin duda el mejor poeta de la época, así como Irlanda con Clemente Escoto. Estos eruditos, por su parte, formaron en la corte a toda una serie de alumnos que más adelante llegaron a desempeñar la función de sus maestros; entre estos jóvenes, educados ya en la corte carolingia, cabe destacar a Angilberto, Muadwino y, sobre todo, a Eginhardo, autor de la *Vida de Carlomagno*.

La corte constituyó un lugar privilegiado de encuentro e integración entre la élite intelectual y la élite política, fue el ámbito en el que se plasmó una relación provechosa y recíproca entre el poder, la cultura y la creación literaria. El poder necesitaba a estos hombres para que le proporcionaran servicios de cancillería y diplomáticos, como elaboradores y portavoces de ideologías, como ex-

ertos en derecho y en todo tipo de ciencias y como consejeros y educadores; los eruditos, por su parte, necesitaban apoyarse en el poder, que era la garantía de su seguridad y su sustento.

La figura de Carlomagno es la referencia ineludible en la mayoría de las manifestaciones artísticas de esta época y, en consecuencia, el panegírico al rey una de las constantes temáticas de la literatura carolingia. Pero la biografía de Carlomagno que compuso Eginhardo, por muy evidente que sea el afán encomiástico del autor, trasciende el ámbito tan limitado de la alabanza al soberano. La *Vida de Carlomagno* es un texto fascinante y único por muchas razones, que se irán detallando a lo largo de estas páginas; la más importante es, sin duda, su excepcionalidad como documento histórico. Pero, además, es el texto que ofrece más información y riqueza de detalles sobre el rey franco, no sólo en lo que se refiere a su actividad política, militar y administrativa, sino también acerca de su persona, en un elaborado y minucioso retrato físico y psicológico que constituye uno de los mayores atractivos de la obra.

Eginhardo

Todo lo que sabemos sobre la vida y la persona de Eginhardo proviene, en su inmensa mayoría, de la información que dan algunos textos de la época. Las principales fuentes para establecer su biografía son el testimonio que el propio Eginhardo ofrece en el prefacio de la *Vida de Carlomagno* y, sobre todo, el prólogo que para esta

misma obra compuso el erudito carolingio Walafredo Estrabón, pues en él traza un perfil del autor que, aunque sucinto, incluye noticias muy valiosas sobre su vida.

Eginhardo³ procedía de una familia noble asentada en el valle inferior del río Main, en la parte oriental de los territorios francos. Nació en torno al año 770, y recibió su primera educación en Fulda, el monasterio fundado por san Bonifacio en el año 744, cuya escuela llegó a ser una de las más importantes de la Edad Media. Un monje llamado Baugolfo, que a la sazón era el abad de dicho monasterio, al notar las excelentes y prometedoras cualidades de Eginhardo, lo empleó primero como escriba y luego, hacia el año 791 o 792, lo envió a la escuela palatina de la corte de Carlomagno, que en aquella época dirigía Alcuino de York.

Como ya se ha señalado anteriormente, Carlomagno acogía en la escuela palatina a los jóvenes que se habían distinguido en sus estudios, constituyéndose así en su *nutritor*, es decir, en la persona que les procuraba tanto el sustento material como la formación espiritual. En la escuela se instruía a alumnos que luego tendrían que desempeñar las tareas propias de los funcionarios de palacio, pero también se impartía una educación de tipo superior, pues se proponía un estudio completo de las artes liberales⁴ y una lectura regular y profunda de los textos sagrados, patrísticos y clásicos. Era, además, una enseñanza

3. El nombre germano *Einbart* aparece latinizado en las formas *Einbartus* o *Einbardus*; la variante *Eginbardus*, aunque más tardía, es la que ha acabado dando la forma tradicional de designar a nuestro autor.

4. Véase el capítulo 19.

de acceso abierto, de la que se beneficiaban no sólo los que eran propiamente alumnos de la escuela, sino también la familia real, incluido el propio Carlomagno, y las personas que vivían o desempeñaban algún cargo en palacio. Por esto, en la escuela palatina, Eginhardo tuvo como condiscípulos a los hijos de Carlomagno –entre ellos, a Ludovico Pío, el futuro emperador–, con los que, como él mismo afirma, llegó a trabar una buena amistad.

Del testimonio de Walafredo Estrabón, así como del de otros escritores de la época, se puede deducir que la vivaz inteligencia de Eginhardo, la amplitud de sus conocimientos y, algo en lo que se hace gran insistencia, su carácter íntegro y afable le procuraron el aprecio de la corte y, ante todo, del propio Carlomagno. Sin embargo, no parece que llegara a ejercer ninguna actividad política de relieve durante su reinado. Sólo tenemos constancia de su participación, en el año 806, en la embajada que le llevó al papa León III un ejemplar del acta de Thionville, por la que Carlomagno regulaba la división del imperio entre sus tres hijos, Ludovico, Carlos y Pipino⁵. Otra breve noticia sobre nuestro autor la ofrece el poema *In honorem Hludowici*, compuesto por Ermoldo el Negro para mayor gloria, como su título indica, de Ludovico, hijo de Carlomagno. En un pasaje de esta obra, que describe una asamblea celebrada en Aquisgrán en el 813, un año antes de la muerte de Carlomagno, cuando dos de sus hijos, Pipino y Carlos, habían fallecido ya, Ermoldo presenta a Eginhardo postrado a los pies del

5. Véase Hoyo-Gazapo, 1997: 71.

emperador, exhortándole a que asocie a Ludovico a su título imperial y lo nombre su único sucesor, en un discurso que constituye, por lo demás, un gran elogio de las virtudes del que fue condiscípulo suyo⁶.

Más allá de cualquier consideración sobre la dudosa autenticidad histórica de esta intervención de Eginhar-do, a la que únicamente se hace referencia en este poema, lo cierto es que la actividad de nuestro autor en la corte de Carlomagno se centró en asuntos de índole técnica, artística y cultural. Así, se le confió la superintendencia de los edificios imperiales, dado que nuestro biógrafo poseía conocimientos en el campo de la arquitectura. Estas cualidades artesanales y artísticas le valieron en la corte el pseudónimo de Beseleel, el personaje de la Biblia que, junto a Ooliab, fue inspirado por Dios para construir el Arca de la Alianza⁷. En realidad, este mismo detalle confirma que Eginhar-do formaba parte del círculo de eruditos vinculado al rey, a su familia y a cierta aristocracia franca, pues entre sus miembros existía la costumbre de adoptar pseudónimos bíblicos y clásicos: por ejemplo, al propio Carlomagno se le daba el nombre del más famoso rey bíblico, David, a Alcuino, el de Flaco (por el poeta romano Quinto Horacio Flaco), o a Angilberto, el de Homero.

En el año 796 Alcuino decidió retirarse al monasterio de San Martín de Tours y, en su condición de antiguo director de la escuela de palacio, recomendó encarecidamente a Eginhar-do tanto para la explicación de los clási-

6. Véase Faral, 1932: 34.

7. *Éxodo* 31, 2 ss.; 35, 30 ss.; 36, 1 ss.

cos latinos como para la resolución de los problemas de aritmética, disciplinas éstas de las que al parecer tenía un perfecto dominio. Desde entonces Eginhardo se dedicó a la enseñanza en la escuela de palacio e incluso se ha llegado a suponer que, tras el retiro de Alcuino, este centro fue dirigido por él.

Nuestro autor fue una persona querida y popular en la corte carolingia. En este sentido, resulta realmente curioso que varios autores ligados a este ámbito aludan a él en sus textos destacando unánimemente un mismo hecho que, a primera vista, puede parecer de muy poca importancia: la baja estatura de Eginhardo; es más, por este motivo incluso se le llegó a apodar *Nardulus*, diminutivo de la aféresis de *Einhardus*. Si bien este rasgo físico, ya mencionado por Walafredo Estrabón en su prólogo a la *Vida de Carlomagno*, le valió a Eginhardo alguna broma de dudoso gusto⁸, hay que señalar que por lo general se hace referencia a ello con un fin encomiástico, para establecer una contraposición entre la baja estatura y la grandeza de espíritu que, como sostienen estos autores, caracterizó a Eginhardo. Así, por ejemplo, Alcuino de York le dedicó un poema en el que, a partir del juego de palabras al que se presta el apodo *Nardulus* –pues es también el diminutivo de la flor llamada *nardus*–, desarrolla una apología de lo pequeño:

8. En una de sus poesías (*carmen* 25), Teodulfo de Orleans señala que Eginhardo y otros dos miembros de la corte, Ercambaldo y Osulfo, son tan bajos que los tres podrían servir de patas de una mesa. Véase A. Riquer, 1994: 192-193.

En palacio hay una pequeña puerta y un pequeño habitante. No desprecies, lector, un nardo pequeño, pues el nardo, en sus racimos de espigas, exhala un olor penetrante. La abeja te trae miel excelente en su cuerpo pequeño. Pequeña es también la pupila de los ojos, pero gobierna con autoridad los movimientos de un cuerpo enérgico. Así Nárdulo gobierna él mismo toda esta casa. Cuando pases, lector, saluda al pequeño Nárdulo⁹.

La misma idea antes apuntada, la baja estatura de Eginhardo confrontada con su elevado espíritu, inspira estos dísticos de Teodulfo de Orleans que, si bien no están exentos de cierto tono jocoso, insisten en las grandes cualidades de nuestro biógrafo:

Corra Nárdulo aquí y allá en incesante movimiento, como una hormiga tus pies van y vienen sin parar. Su pequeña casa está habitada por un gran anfitrión, mucha grandeza reside en un cuerpo pequeño¹⁰.

Eginhardo se casó con Emma, una muchacha noble a la que amó profundamente. A propósito de este matrimonio, hay que señalar que en el siglo XII los amores de Eginhardo y Emma fueron objeto de una leyenda que convertía a ésta en hija de Carlomagno. Parece muy posible que esta invención responda en realidad a una con-

9. Poema 30 (MGH, PLAC I: 248).

10. Poema 25 (MGH, PLAC I: 487). Walafredo Estrabón, en una composición inserta en un poema suyo y que lleva precisamente por título *De Einharto Magno* (poema 23, MGH, PLAC II: 377), abunda en la misma idea.

fusión de este matrimonio con las relaciones amorosas que mantuvieron el poeta Angilberto y Berta, hija del emperador. En cualquier caso, la versión legendaria de estos amores, recogida en el *Chronicon Laurishamense* (s. XII), narra una historia bastante peculiar. Eginhardo, enamorado de Emma, hija de Carlomagno, acude una noche de invierno a la cámara de la joven. A primera hora de la mañana, cuando ha de volver a su casa, la densa capa de nieve que se extiende sobre el suelo le hace temer que se identifiquen sus huellas y, por lo tanto, se descubra dónde ha pasado la noche. Como solución, Emma resuelve cargar a sus espaldas a Eginhardo y llevarlo de esta manera hasta su casa, ya que sus propias huellas no han de levantar sospechas. Pero Carlomagno, que sufre de insomnio, llega a ver casualmente este curioso traslado y, aunque se enfurece, decide no castigar a los amantes y propiciar su matrimonio. Esta historia, en la que están presentes de un modo implícito, por un lado, las relaciones amorosas de las hijas de Carlomagno y la actitud del rey franco ante estos vínculos¹¹ y, por el otro, la tan celebrada menudencia corporal de Eginhardo, gozó, desde el siglo XII, de una popularidad extraordinaria, pues aparece recogida, en diferentes versiones, en numerosas obras de la literatura¹².

Tras la muerte de Carlomagno en el año 814, su hijo y sucesor, Ludovico Pío, concedió a Eginhardo la posesión de Michelstadt, en el bosque de Odenwald, y de Mülheim,

11. Véase el capítulo 19.

12. Sobre la leyenda y su tradición literaria posterior, véase Frenzel, 1976: 140-141.